
Carta del Director

El año 2009 es un año de celebraciones particularmente gratas para nosotros. Nuestra Facultad de Derecho y Ciencias Sociales cumple 50 años y la diócesis de Rosario, 75 años de su erección canónica. Parecía apropiado dedicar este número, pues, a la historia religiosa en sus variadas vertientes y modalidades, tal como es entendida a partir del renacimiento como centro de interés historiográfico. El resultado ha sido una cantidad de investigaciones que abarcan desde la sanción de la constitución de 1853, hasta la década del setenta.

Las inquietudes que se vivían desde siempre en nuestro Instituto –algo explicable por su inserción en una universidad católica y pontificia- tuvieron nuevo impulso por la decidida colaboración de dos investigadores del CONICET -Diego Mauro e Ignacio Martínez-, coordinando la tarea de edición en este número. Alicia Florian, Silvana Fogliato y Silvina Balma, -habituales encargadas de la Sección Memoria y Patrimonio- han realizado un aporte fundamental –con minucioso trabajo del Fondo Luque- un magnífico reservorio de documentos del laicado rosarino, desde 1900 hasta 1945, ambas fechas aproximadas, un aspecto descuidado por la generalidad de las instituciones católicas y con el que podemos contar, gracias a la generosidad de los descendientes de Elías Luque, destacado dirigente rosarino.

La conjunción de nuevas y viejas inquietudes, de investigadores de distintas unidades académicas —confesionales o no—, está hablando de un renovado interés por estos temas, que ha llegado a la Argentina con cierto retraso, pero que hoy puede ser considerado ampliamente extendida, con particularidades propias de nuestra historia, en la que la Iglesia ha tenido un papel importante.

Tal recepción no solo es auspiciosa, sino que más aún lo es —y esta edición de RES GESTA es una buena muestra— la armónica convivencia entre investigadores con distintas miradas. Y para quienes siempre hemos estado en contacto con estos temas, podríamos agregar que advertimos que salvo excepciones —que no pueden ser vistas desde la ciencia sino de la militancia política— se multiplica el abordaje, con un riguroso trabajo de fuentes —en muchos casos inéditas— y en general, con una clara visión de las particularidades del estudio abordado.

El estado actual de la historia de la religión en Argentina, nos motiva dos reflexiones.

Una es respecto a la visión que se tiene del tema en los ámbitos católicos. Cuando estábamos en la tarea de preparación de ese número, un amigo historiador, dudó de los resultados: ¿era posible abrir debates sobre la historia religiosa en nuestra universidad, especialmente en cuestiones casi contemporáneas? Los miembros del Instituto nunca dudamos no solo de la posibilidad, sino de la oportunidad en “navegar mar adentro”. Personalmente no coincidí en algunas de las apreciaciones de los autores, pero entiendo que hay una sincera búsqueda de la verdad, aun cuando se parta de los presupuestos teóricos que pueden ser discutibles. Y es a partir de las diferencias que podemos fundar un diálogo fructífero. Nunca la Iglesia ha dejado de reconocerse —sin falsos pudores— como Madre y Maestra; nunca ha negado ser Santa, pero tampoco dejado de reconocer los pecados de sus miembros. Que los investigadores profundicen en errores de tiempos pasados, aún cuando puedan discutirse puntos de partida o conclusiones, es buen ejercicio para desarrollar en los católicos una mayor sensibilidad propia para con humildad y paciencia, ver los errores propios, o quizá, simplemente la visión que otros tienen de nosotros.

Estamos convencidos que sólo la humildad de aceptar la libertad académica y el pluralismo, es el camino de un crecimiento no solo intelectual sino también comunitario, en el rumbo de la “civilización del amor”. Miradas distintas, aún críticas, siempre que se hagan de buena fe y con rigor científico, nos permitirán una adecuada introspección sobre el pasado eclesial y nacional. La aprehensión histórica del fenómeno religioso por categorías científicas contemporáneas –que probablemente en muchos casos sean revisadas-, nos hacen posible examinarnos con sinceridad y honestidad intelectual no solo en el conocimiento de una historia que nos es común, sino si quien ve la realidad de la Iglesia como una cuestión meramente humana, percibe –o no- el “ved cómo se aman” de los primeros cristianos.

No faltará quien le parezca inconveniente alguna expresión; que la haya no quiere decir que la línea editorial de la revista la comparta; sí, que estamos dispuestos a crecer en el respeto y el pluralismo. Quizá los trabajos que aquí se publican, sirvan de acicate para que se multipliquen aún más los estudios en las propias universidades católicas.

La otra observación que cabe hacer es respecto a quienes abordan la temática religiosa, sin haber tenido vinculación con los ámbitos católicos. Es claro –como bien lo dijera en el estudio introductorio de *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*, sus coordinadores (Miranda Lida y Diego Mauro)-, se ha superado el prurito de hacer historia –en el caso del catolicismo argentino- “por fuera de la grey”, y muchos investigadores llegan a estos temas con renovado interés y con miradas que superan no solo los prejuicios, sino que contribuyen a dar visiones ricas y diversas de la realidad eclesial y de su impacto social.

A esos investigadores, ha de hacérseles presente, las particularidades del estudio; de manera especial, el impacto que la religión tiene en la persona creyente, siempre en tensión entre realidades lacerantes e idealidades de otro mundo, entre verdades eternas y la contingencia y mutabilidad humanas. Solo así se puede penetrar con lucidez en algunas circunstancias históricas en que la religión

-no solo el catolicismo- ha jugado un papel preponderante. Solo así se puede explicar que en una sociedad guerrera, hubiera cruzadas, que apareciera un San Luis rey de Francia –y también un San Francisco de Asís-, un Carlos I de España atenazado entre sus deseos imperiales, la contradictorias motivaciones respecto a la regulación de la vida indígena, y sus preocupaciones de salvación eterna. Pero también se explica como los políticos católicos de la posguerra pudieron superar el odio tenaz y construir una nueva Europa, como Gandhi pudo derrotar el más grande imperio colonial del siglo XX pregonando la paz, como Mandela pudo vencer el odio personal y racial de la ignominia del apartheid, como Martín Luther King pudo crear una sociedad multirracial en el sur norteamericano. De esa manera, la historia cobra un significado más profundo y total, que si se reduce a meros intentos de control social o una variante de la historia cultural o de las ideas.

Más puntualmente, es menester entender el sentido de la historia que tiene un creyente, especialmente los católicos. Entienden ser parte de una peregrinación hacia lo absoluto, eterna y sin tiempo, lo que puede resultar especialmente absurdo en un tiempo de constante aceleración, urgido por la instantaneidad, regida por la relatividad de ideas y principios.

En suma, más que el contenido de los artículos, siempre sujetos a revisión por las nuevas miradas que se puedan hacer, hay que celebrar la posibilidad de la creación compartida y que ella se haga en nuestra universidad, pontificia y católica, cuando en otros ámbitos académicos, solo se elabora lo políticamente correcto, de acuerdo a las modas intelectuales.

Luis María Caterina